

Sobre los 72 Nombres
(Extracto de una conferencia pronunciada en la Librería Lauviah
de S. Lorenzo de El Escorial en Septiembre de 2004)

La derivación de los 72 Nombres, tal como aparece en el Séfer haBahir – un tratado de Cábala del siglo XII, editado en Provenza, probablemente de fuentes más antiguas – es simple:

Hay tres versículos seguidos en el Éxodo (el segundo libro de la Biblia), Cáp. 14, versículos 19, 20 y 21, con exactamente 72 letras cada uno.

Estos tres versículos se disponen de una forma especial:

El primero se escribe de forma directa (empezando por la derecha, como es usual en hebreo).

El segundo se escribe debajo del anterior, pero de una forma retrógrada, es decir, empezando por la izquierda.

El tercero, debajo de los dos anteriores, se vuelve a escribir de forma directa (es decir, de derecha a izquierda).

Esta es una forma clásica de tratar con los ternarios. La Cábala, tal como muestra el Árbol de la Vida, que es su diagrama básico, es un sistema de tres columnas. Las sefirot o esferas del Árbol, sus elementos fundamentales, siempre aparecen en conjuntos de tres: activo, pasivo y equilibrante; fuerza, forma y equilibrio; misericordia, severidad y suavidad, dar, recibir y compartir, etc. En nuestro caso, el primer versículo corresponde al pilar de la derecha o de la misericordia; el segundo al de la izquierda: la severidad o el rigor (y si uno es expansivo, el otro es contractivo, por lo que se escribe en sentido contrario); el tercero, lógicamente, corresponde a la columna central, la del equilibrio o de la conciencia, que tiende de forma natural a la derecha.

Tenemos así los tres versículos en línea, uno debajo del anterior. Si ahora los leemos en vertical, es decir, en ternas, obtenemos 72 conjuntos de tres letras cada uno. Cada uno de estos tripletes se interpreta como un Nombre de Dios. Tenemos así 72 Nombres.

Si añadimos ahora las terminaciones Yah o El, que son asimismo Nombres de Dios, obtenemos el nombre de los 72 ángeles: Por ejemplo, el número 17, LAV, con la terminación Yah, se convierte en LAUVIAH. (Tener en cuenta que el idioma hebreo es consonántico. La U es una vocal que se introduce en la pronunciación). El siguiente triplete KLI, con la terminación El, se convierte en KELIEL, etc.

Esta es una forma tradicional de construir nombres angélicos en base a una función específica: Así, RAFA-EL, significa la Curación (o el médico) de Dios, GABRI-EL significa el Fuerte o el Poderoso de Dios, y así sucesivamente.

Quizá convenga aclarar en este punto que por ángel se entiende una forma de energía, del cual el Nombre nos expresa su modo de manifestación, al mismo tiempo que, considerando cabalísticamente las letras como símbolos o arquetipos fundamentales, el nombre nos da su fórmula de conexión y de canalización. El tipo de energía al que aquí nos referimos no es simplemente mecánica. Postulamos que detrás de todas las cosas y fenómenos hay un campo de energía básica que es además autoconsciente, es decir, una conciencia/energía, que los cabalistas siempre han denominado como Luz (a veces espíritu, o sabiduría, o nombres equivalentes), de la cual la energía mecánica, física, es la circunferencia exterior, su nivel más superficial de manifestación.

Y lo mismo cabe decir respecto de los Nombres Divinos. ¿Qué es un Nombre Divino? Una configuración de la energía al más alto nivel; una ecuación que está expresando un modo de manifestación de esa energía primordial. Y, para nosotros, un modo de conexión con esa energía (como un mantra, por utilizar una palabra ya consagrada, una fórmula vibratoria basada en los sonidos fundamentales)

Los Nombres de Dios no se inventan. Brotan de revelaciones y son transmitidos de generación en generación. Así, por ejemplo, el Ilú babilónico, el El cananeo/hebreo o el Alá nabateo/árabe, todos tienen un denominador común, además de la misma raíz lingüística: representan el mismo tipo de Energía Divina. Y el Árbol de la Vida cabalístico, que decimos que es una representación de Dios, del universo y del hombre, también incluye en sí la ciencia de los Nombres Divinos.

En concreto, el Nombre El, decimos que representa la esencia, el alma o la energía interna de la 4ª esfera, llamada Jésed, misericordia, o Guedolá, grandeza, o Ahavá, amor, y que esencialmente es una energía dadora, expansiva. Cuando el ser humano alcanza esta esfera, su experiencia positiva es de aceptación y sometimiento a la Voluntad Divina. Que es, precisamente lo que significa la palabra Islam.

La esfera complementaria en el otro pilar del Árbol de la Vida recibe el nombre de Guevurá, fuerza o poder, y también Din, el juicio. Tiene como Nombre Divino Elohim Guivor, Dios Fuerte, y representa energía contractiva (y por eso poderosa).

Con estas aclaraciones, podemos volver al tema de los 72 Nombres, para ver cuál es el tipo de energía que canalizan, qué tipo de conexión nos dan.

En primer lugar, ¿por qué buscar versículos con 72 letras? ¿Qué representa el número 72?

Para explicar esto, hemos de recurrir a otra técnica cabalística que es la de considerar a las palabras desde el punto de vista del valor numérico de sus letras, ya que en hebreo no existían caracteres específicos para designar a los números, sino que las letras mismas, a su vez, representaban números. Así, podemos considerar el valor numérico de una palabra sumando los valores de sus letras y luego establecer conexiones entre las palabras en base a esos valores numéricos.

Consideremos el gran Nombre de Dios, יהוה, YHVH, el Tetragrama, incorrectamente pronunciado como Yavé o Jehová. Desde el punto de vista gramatical es un código construido sobre el verbo “ser”.

En efecto, de Dios se dice que es: היה הוה ויהיה, Hayá Hové VeYiyé, el que Era, Es y Será; el que define las dimensiones del tiempo, siendo él mismo intemporal, y por tanto el Eterno. El Nombre en sí se construye con el tiempo presente, הוה, añadiéndole el prefijo de la tercera persona de futuro, <>, la letra Yod. יהוה podría entonces traducirse como “el Ser Activo del universo”.

Estudiemos la ecuación anterior en sus valores numéricos: היה הוה ויהיה = (5+10+5+10+6) + (5+6+5) + (5+10+5) = 72.

Por otra parte, si atendemos al valor numérico de la expansión triangular del Nombre, obtenemos:

$$\begin{array}{r}
 \text{׳} \\
 \text{ה} \quad \text{׳} \\
 \text{ו} \quad \text{ה} \quad \text{׳} \\
 \text{ה} \quad \text{ו} \quad \text{ה} \quad \text{׳}
 \end{array}
 = \begin{array}{r}
 10 \\
 15 \\
 21 \\
 \underline{26} \\
 72
 \end{array}$$

Esta expansión triangular corresponde a una ecuación energética que se va desplegando y estableciendo en sus niveles, como un Big Bang del Ser.

Y aún una tercera forma: si extendemos el Nombre, es decir, si escribimos de forma explícita el nombre de sus cuatro letras (esta forma de despliegue nos permite ver la potencialidad intrínseca de cada uno de sus componentes), obtenemos:

יָוֵהּ Valor numérico = 72

Vemos entonces cómo 72 es un número que encierra el potencial de expresión o manifestación de lo Divino. O mejor aún, de esa especial manifestación de lo Divino que llamamos Tetragrammaton, el Nombre de cuatro letras, Yod He Vav He, Yahvé o Jehová, manifestación de uno de los Rostros Divinos, particularmente asociado a la esfera Tiféret, llamada Adam, el Hombre/Mujer, y por tanto, su arquetipo.

En el Génesis, son 72 el número de descendientes de los hijos de Noé, Shem, Cam y Jafet, y que representan a todos los pueblos que se extienden por la Tierra después del Diluvio. También son 72 los descendientes de Jacob que al final del libro del Génesis bajan a Egipto (contando las hijas), siendo Egipto el arquetipo de la materialidad, como luego veremos. La coincidencia es pretendida, como dice el Deuteronomio (32:8): “Cuando Elión (el Altísimo) asigno a las naciones herencia, cuando separó a los hijos de Adam, fijó las fronteras de los pueblos según el número de los hijos de Israel”. Aquí Israel representa el arquetipo espiritual de la humanidad: 12 hijos de Jacob/Israel (12 signos del Zodíaco), 72 descendientes (72 quinaros o conjuntos de cinco grados del Zodíaco). También Jesucristo, convertido en el paradigma del Yo Superior encarnado, tiene 12 Apóstoles, a los que envía, y también envía a 72 discípulos en Lucas 10. Vemos pues que el despliegue de lo Divino, que el número 72 representa, tiene su correspondencia también en el despliegue de lo humano.

Es el momento de leer los tres versículos de referencia del libro del Éxodo y atender a su significado:

19: “Y el ángel de Elohim que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas”

20: “E iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y era nube y tinieblas para aquéllos, y alumbraba a Israel de noche, y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros.”

21: “Y extendió Moisés su mano sobre el mar, e hizo YHVH que el mar se retirase por recio viento oriental toda aquella noche; y volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas.”

Vemos que están describiendo un momento clave en la liberación del pueblo israelita de la esclavitud de Egipto. Cuando son alcanzados por los ejércitos del Faraón frente al Mar Rojo y éste se abre.

Hagamos un ejercicio de hermenéutica cabalística:

Tradicionalmente existen cuatro modos de interpretación, cuatro niveles de significado del texto bíblico: literal, alegórico, metafísico y místico.

El significado literal es el significado simple: La Biblia narra una serie de hechos considerados como históricos, en este caso, el paso del Mar Rojo. Dios hace un milagro: Divide las aguas para que los hijos de Israel puedan pasar en seco y escapar de los egipcios, sobre los que el mar se cierra de nuevo, muriendo ahogados.

En el siguiente nivel de significado tenemos alegorías, metáforas, símbolos: ¿Qué está narrando este episodio? ¿No será que la descripción de estos hechos concretos, aparentemente físicos, constituye una alegoría de un proceso psicológico, un proceso de liberación interior? Para responder a esta pregunta, examinemos el contexto de un modo más detallado:

Mar Rojo, en hebreo, es Yam Suf, que significa mar de los juncos. Suf puede leerse como Sof, que significa fin, límite. Ambas palabras tienen las mismas letras y en

hebreo antiguo no se escribían las vocales, que eran deducidas del contexto. Un mismo grupo de letras consonantes con diferentes vocalizaciones puede tener diferentes significados. Podemos entonces interpretar Yam Suf como el “mar de la finitud”.

Por otra parte, Egipto es Mitsraim. Su valor numérico es 380. Mitsraim, por otro juego de vocales, se puede leer como “metsarim”, también con un significado de límites, finitud.

Cabalísticamente, Egipto representa lo físico, lo corpóreo, la materia, en donde los israelitas, el alma espiritual, está encadenada: trabajos forzosos, etc. El Faraón representa el Ego, cuyo corazón se endurece progresivamente, porque el ego, el centro de la conciencia preiluminada, no va a dejar salir fácilmente al alma espiritual de su confinamiento.

Los israelitas van a Canaán, cuyo valor numérico es 190. Teniendo en cuenta que gramaticalmente Mitsraim es un dual (aludiendo quizá a los dos Egiptos históricos, el Alto y el Bajo), podemos interpretar finalmente Egipto como el mundo de lo limitado y dual bajo la regencia del ego, un poder despótico.

Y he aquí que el valor numérico de Egipto es precisamente el doble que el de Canaán, $2 \times 190 = 380$. Es decir, los israelitas escapan del mundo de la dualidad para dirigirse al mundo de la unidad, y el mar de la finitud es la frontera última que separa ambos dominios, que son niveles de conciencia.

Veamos el proceso en el Árbol de la Vida, que es nuestro mapa de conciencia fundamental:

La conciencia egoica – el mundo del ego, con su división en consciente e inconsciente, con su identificación con una imagen parcial de la psique que no es el ser total – está representada por la novena esfera, Yesod. La conciencia iluminada empieza en Tiféret, la sexta esfera, que representa el arquetipo self, el sí mismo personal (el Yo auténtico, el centauro de Ken Wilber), mi verdadero ser, lo que soy de verdad, desidentificado de las ideas (8ª esfera), de los sentimientos (7ª esfera) y de las imágenes (9ª esfera) parciales sobre mí mismo.

Y el sendero que une ambas esferas, sexta y novena – el canal número 25 del Árbol – es el sendero del despertar. Tiene un punto crítico, que es su intersección con el sendero 27, entre la razón y la emoción, el sendero en el que se establece la dinámica interna de la psique. Aquí se genera una gran tensión, porque hemos de pasar más allá de las pautas habituales de nuestra mente, de nuestras programaciones subconscientes. Este sendero horizontal tiene como correspondencias el planeta Marte y la carta del Tarot de la “Torre golpeada por el Rayo”, experiencia para unos, los israelitas, liberadora – el Rayo que nos libera de nuestra prisión interior – y para otros dramática, catastrófica: para los egipcios, que representan todas las energías internas que movilizamos, bajo la regencia del Faraón/ego, para oponernos a nuestra propia liberación. El que los egipcios resulten ahogados en el mar no es un acto de castigo o venganza. Simplemente estas energías son reabsorbidas en el sustrato psíquico básico para su reciclamiento.

Para dar el paso al significado metafísico – filosófico – nos preguntamos de qué modo este proceso que estamos estudiando es arquetípico, de qué modo puede representar una ley universal. La pregunta es: ¿Se puede superar un obstáculo aparentemente insuperable?

Encontramos un modelo en el efecto túnel de la mecánica cuántica: Una partícula se encuentra con una barrera de potencial de energía superior a la de la propia partícula. Supongamos que la partícula se está moviendo de izquierda a derecha y se encuentra con la barrera. En física clásica es imposible que la partícula traspase esa

barrera energética, y por tanto, la probabilidad de encontrar a la partícula a la derecha de la misma es cero.

En mecánica cuántica hay una probabilidad distinta de cero de que la partícula esté a la derecha de la barrera. De hecho, eventualmente, eso acaba sucediendo. Este efecto, llamado efecto túnel, es el responsable de muchos fenómenos físicos. Por ejemplo, en astrofísica, la disipación de los agujeros negros, o incluso el nacimiento del universo por Big Bang, es decir, la creación del ser a partir de lo que, a falta de otro nombre mejor, llamamos nada. (En física sería un vacío cuántico de energía potencial infinita).

La clave para entender el efecto túnel está en la dualidad onda – corpúsculo de la mecánica cuántica. Los entes materiales tienen una representación dual: se nos aparecen como partículas o como ondas (y probablemente no sean ni lo uno ni lo otro de forma exclusiva). Una partícula es algo que está localizado con precisión en el espacio y en el tiempo. Una onda es algo que está extendido, y por tanto “en todas partes”.

Ahora bien, desde el punto de vista de la física, es imposible tener ambas descripciones al tiempo: los entes materiales unas veces se nos comportan como partículas y otras como ondas, pero nunca de las dos formas a la vez. Y lo que determina el modo de manifestación es el observador, el modo cómo ha programado sus experimentos, lo que, a su vez, es una extensión de su conciencia.

Dando un gran salto analógico en la escalera de abstracción: Nuestra conciencia admite también las dos representaciones. Podemos funcionar como partículas, es decir, como egos separados, perfectamente localizados en las coordenadas de nuestra propia vida. O podemos funcionar como ondas, es decir, vibratoriamente extendidos, en un estado de unidad con los seres y el cosmos.

También la Cábala ha defendido siempre que existen dos tipos de conexiones para el ser humano, y lo expresa mediante el mito de los dos árboles. Tenemos la conexión con el Árbol de la Vida y la conexión con el Árbol del conocimiento del Bien y del Mal. Esta segunda es el mundo de la separación, de las dualidades, de la fragmentación. Es la conexión ego – partícula. Después de comer del fruto del Árbol del Conocimiento, el hombre toma conciencia de sí mismo. Dios le pregunta a Adam y este responde utilizando por primera vez en la Biblia la palabra Yo (Esta es otra técnica de interpretación cabalística).

Por otra parte, la conexión con el Árbol de la Vida representa el mundo de la unidad, con todos los seres participando de esa savia que llamamos la Vida Divina (o la Sabiduría). En nuestro lenguaje, esta la conexión self – onda.

Y también afirma la Cábala que no es posible tener ambas conexiones al mismo tiempo. Se está en una o en otra, dependiendo del propio nivel de conciencia.

¡Qué casualidad que cuando los hijos de Israel atraviesan el mar (vamos a decir que metafóricamente por efecto túnel metafísico), lo primero que hacen es cantar, entonar un cántico! Es decir, se hallan en similitud de fase, se unifican en una vibración, son onda.

Y ese cántico está lleno de alusiones y significados. Nos fijamos en uno de sus versículos en particular, que dice en hebreo: Mi J(K)amoja BaElim YHVH. ¿Quién como Tú entre los dioses YHVH? Si tomamos las iniciales de estas cuatro palabras (he aquí otra técnica de interpretación cabalística), obtenemos MKBI, Makabi, una palabra que aparecía en el escudo de los Jashmoneos en la guerra de liberación contra Antíoco, la cual culminó con la independencia de Israel (Razón por la cual los Jashmoneos fueron llamados Macabeos).

¿No es sorprendente que si sumamos el valor numérico de estas letras nos encontremos de nuevo con el número 72? ¿Cuál es el potencial de liberación que canaliza este número y en particular los 72 Nombres?

Lo cual nos lleva al significado místico, el cuarto nivel de significado, llamado Sod, el secreto, porque estando más allá de la mente no puede decirse; sólo experimentarse.

El significado místico es ponerse cara a cara con el misterio, es la conexión con la esencia, con la Luz Divina, esa energía autoconsciente cuyas configuraciones dan lugar a todo lo que existe – configuraciones que son expresadas por las fórmulas cabalísticas, por las combinaciones de letras –.

El significado místico de este pasaje nos está diciendo que esas letras, los 72 Nombres, son el medio, la tecnología de la liberación, de hacer que, de repente, demos un salto cuántico y nos encontremos en un nuevo estado de conciencia, despiertos a un mundo nuevo, de forma que nuestras programaciones anteriores sean un recuerdo.

No malinterpretemos pensando que con los 72 Nombres estamos rezando, o algo así, para que Dios nos libere. Esto es de nuevo significado literal. Más bien, con los 72 Nombres estamos alcanzando un nivel de conciencia, un estado tal de conexión y canalización de la Luz Divina, que vibratoriamente no tenemos más remedio que estar al otro lado porque estamos, de hecho, en todas partes.

Porque, ¿quién abre el mar en el libro del Éxodo? En realidad, Dios le dice a Moisés: “¿Por qué clamas a Mí? Diles a los hijos de Israel que se pongan en marcha” [Es decir: ¡Hazlo tú mismo! Tienes el instrumento (los 72 Nombres). Y además, hasta que no abras el canal con un hecho físico – el ponerte en marcha – no va a funcionar, porque sólo entonces el circuito estará completo]

Tradicionalmente la meditación en los 72 Nombres se ha usado para abrir el canal interno, para alcanzar la experiencia extática y profética de nuestro propio Yo Divino. Así, rabí Abraham Abulafia, cabalista judeoespañol del siglo XIII, nos describe una técnica meditativa que él hace remontar a la tradición de los profetas de Israel. El afirma que el uso de los Nombres de Dios en general, y de las letras hebreas en particular, constituye la auténtica tradición de los profetas.

Es interesante describir brevemente la técnica de Abulafia.:

Tras una intensa preparación devocional (cantando Salmos) e intelectual (combinando letras y ponderando sobre su significado), llega la pronunciación del Nombre propiamente dicha. En estado meditativo hay que pronunciar (cantar, vibrar) las 216 letras de una forma sincronizada con la respiración, acompañando cada letra con un movimiento de cabeza específico según la vocal asociada a cada letra, movimiento que apunta a cada una de las direcciones del espacio, mientras que al mismo tiempo se contempla a la Presencia Divina llenando esa dimensión (“coronando a Dios sobre el arriba, el abajo, etc.”, según sus palabras).

La combinación de sonido (vibración, mantra), movimiento, respiración, visualización y contemplación, es lo que en el lenguaje del yoga correspondería a una kriya, o una shadana. En hebreo, un séder.